

HOMILIA PRONUNCIADA POR MONS. ALVARO DEL PORTILLO OBISPO PRELADO DEL OPUS DEI Y GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

7 DE SEPTIEMBRE 1991

El sábado 7 de septiembre de 1991, el Excmo. y Revmo. Mons. Álvaro del Portillo, Gran Canciller de la Universidad de Navarra y Obispo Prelado del Opus Dei, celebró la Santa Misa en honor de Santa María, Asiento de la Sabiduría y Madre del Amor Hermoso, en el Edificio Polideportivo. El solemne pontifical reunió a varios millares de profesores, empleados, estudiantes y amigos de la Universidad. Esta publicación recoge el texto de la homilía pronunciada por el Gran Canciller, para que su consideración ilumine el quehacer de la comunidad universitaria.

En la primera lectura de la Misa, las palabras del Libro de los Proverbios tratan de la creación: nos hablan de Dios que, con su Sabiduría, *colocaba los cielos y asentaba los cimientos de la tierra*¹; del Creador que, especialmente, *goza con los hijos de los hombres*². ¿Cómo no hemos de amar este mundo nuestro, si es fruto de la Sabiduría del Amor creador? ¿Cómo no hemos de querer a nuestros hermanos los hombres, si el mismo Dios goza con ellos?

Amar este mundo nuestro

No ignoramos que la humanidad sufre el mal, el dolor y la muerte, como secuelas del pecado. Pero -os recuerdo con palabras del Fundador del Opus Dei y de esta Universidad- «Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal IV, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (cfr. Rom VI, 4-5), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (cfr. Eph 1, 5-10), que los ha reconciliado con Dios (cfr. Col 1, 20)»³.

Estas consideraciones, y el lugar donde nos encontramos, evocan la imagen vivísima de aquella Santa Misa, que el Venerable Josemaría Escrivá de Balaguer nos celebraba en este *campus* universitario, el 8 de octubre de 1967. En la homilía, nos impulsaba a *amar al mundo apasionadamente*: «no es malo -afirmaba con fuerza-, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno»⁴. A partir de esta idea central, nos invitaba a tomar conciencia de que nuestro amor al mundo, creado por Dios y redimido por Cristo, ha de conducirnos a «devolver -a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares- su noble y original sentido, ponerlas

¹ Prov VIII, 27. 29.

² *Ibid.* VIII, 31.

³ Es *Cristo que pasa*, n. 65.

⁴ *Conversaciones*, n. 114.

al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo»⁵.

Para que Cristo reine

En consecuencia, deseamos y nos empeñamos seriamente en que Cristo reine sobre todas las cosas. *Regnare Christum volumus*: esta ardiente aspiración de nuestro Fundador, que -como sabéis- he elegido para lema de mi escudo episcopal, ha de ser ciertamente bagaje muy propio del cristiano. Y, para esto, hemos de procurar que Cristo reine, en primer término, en nuestras almas: en el alma de cada uno. Por este camino discurre la santidad a la que se nos ha llamado desde antes de la creación, como hemos escuchado en la segunda lectura de la Misa: *elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti*⁶. Una santidad -una búsqueda de la santidad- que no nos aleja del mundo, precisamente porque ahí, insisto, en el trabajo y en el descanso, en la vida en familia y en la amistad y en las relaciones sociales, descubrimos el medio y la ocasión de ese encuentro íntimo con el Señor, de esa identificación con El, que nos va transformando a cada uno en «otro Cristo, *ipse Christus*, el mismo Cristo»⁷.

No debemos olvidar que, con la ayuda de la gracia divina -que se nos da especialmente en la oración y en los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia-, esas mismas circunstancias de la vida ordinaria son también medio y ocasión para contribuir a la santificación de los demás y a la *cristianización* de la sociedad humana. Deseamos que la sociedad reconozca, ame y alabe a Cristo, para que sea, en rigor, digna del hombre, creado a imagen de Dios y redimido con la Sangre del Verbo Encarnado: una sociedad que esté radicalmente estructurada por la ley de Cristo, que es *ley perfecta* de libertad⁸, porque es ley no sólo de justicia, sino de caridad, de amor⁹. Únicamente esa *civilización del amor*, a la que se han referido repetidamente los Romanos Pontífices, es digna de la criatura, porque, como escribió hace siglos San Gregorio de Nisa, «el Creador nos ha dado el amor como expresión de nuestro rostro humano»¹⁰.

Para que la justicia y el amor de Jesucristo informen, cada vez con mayor extensión e intensidad, todas las actividades terrenas, es imprescindible que la fe ilumine las inteligencias; que la luz de la verdad desvanezca las tinieblas, en que tantas veces los hombres se debaten; que el vigor de la ley eterna aguijonee las conciencias e inspire las conductas; que el bálsamo de la caridad llene de comprensión y respeto mutuo la convivencia. ¿Cómo no advertir la necesidad y la urgencia de esa reevangelización de los países de antigua tradición cristiana, a la que el Papa impulsa constantemente a los católicos? ¿Cómo no pensar que ningún hijo de Dios -tú, yo- puede desentenderse de tan responsable tarea cotidiana?

⁵ Ibid.

⁶ *Ephes* I, 4.

⁷ Amigos de Dios, n. 6.

⁸ *Iac* I, 25.

⁹ Cfr. Ioan XIII, 34.

¹⁰ S. Gregorio de Nisa, *De hominis orificio*, 5

La Universidad, foco de luz para los hombres

Para colaborar en esta apasionante labor sobrenatural y humana, la Universidad de Navarra ha de ser un resplandeciente foco de luz: ¡ya lo está siendo desde sus comienzos, gracias a Dios y a la calidad humana y cristiana de vuestro trabajo! La Universidad -lo sabéis muy bien- no se reduce a un lugar de simple engarce entre las múltiples ciencias y saberes. Con palabras de nuestro amadísimo Fundador, os recuerdo que la Universidad no puede vivir «de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover -con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad- la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones»¹¹.

En la Universidad, todos los saberes confluyen en un servicio comprometido y desinteresado de la persona y, por tanto, de la sociedad. La luz de la Revelación, enteramente aceptada mediante la fe, no elimina ni disminuye la legítima autonomía de cada una de las ciencias; les confiere, por el contrario, algo que no alcanzan por sí solas: la capacidad de servir acabadamente, en su más hondo sentido, a la plenitud de la humanidad. Es necesaria esta aportación cristiana al desarrollo de la cultura, porque -como ha escrito recientemente el Santo Padre Juan Pablo II- el modo en que el hombre construye su propio futuro «depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino»¹². Esta concepción, para que responda a la más íntima realidad del hombre, debe incluir la verdad sobre la creación y sobre la redención¹³. La Universidad facilita así el descubrimiento y despliegue de una auténtica antropología cristiana, y cumple su responsabilidad de vivir y transmitir «aquellos principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana»¹⁴.

Entendemos bien que, como afirmaba Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, «la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma -que no se aquieta- si no trata y conoce al Creador (...) Por eso la religión debe estar presente en la Universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología»¹⁵. Esto -que constituye otro motivo de acción de gracias a Dios- es ya una estupenda realidad en la Universidad de Navarra, como en tantas otras instituciones. Pero no os conforméis con las metas alcanzadas. Así como cada uno, en su propio trabajo, se esfuerza seriamente por avanzar personalmente y contribuir al progreso general, del mismo modo habéis de mantener un constante empeño

¹¹ J. Escrivá de Balaguer, *Discurso* en la investidura de Doctores «honoris causa», Universidad de Navarra, 7-X-1972.

¹² Juan Pablo II, Ene. *Centesimus annus*, 1-V-1991, n. 51.

¹³ Cfr. *ibid.*

¹⁴ Juan Pablo II, CA. *Ex corde Ecclesiae*, 15-VIII-1990, n. 33.

¹⁵ *Conversaciones*, n. 73.

por hacer más y más profunda la inspiración cristiana de vuestro quehacer universitario y de toda vuestra conducta.

Santificarse en la Universidad

Permitidme que vuelva a insistir: para esta labor imponente, lo primero, la condición indispensable, es nuestra respuesta individual a aquella vocación divina para ser santos, para identificarnos con Jesucristo, que marca el sentido y el fin de nuestra existencia.

Por eso, en esta tierra navarra que tanto amó y ama el Fundador de esta Universidad, en esta tierra navarra que tanto amo yo, deseo repetiros: vuestra misión humana y cristiana, hoy y aquí, es que os *hagáis santos haciendo la Universidad, en unidad de vida*, porque, como afirmaba Mons. Escrivá de Balaguer en su homilía de 1967, «no hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»¹⁶. En todos los avatares -también en los que parecen insignificantes- de vuestro trabajo, está aquel «*algo* santo, divino (...), que toca a cada uno de vosotros descubrir»¹⁷: todo guarda una relación con Jesucristo, que habéis de *meditar en vuestro corazón*¹⁸, imitando esa actitud constante de nuestra Madre Santa María, que hemos contemplado en el Evangelio de la Misa.

Muy grande es la misión y muy alta la meta a las que el Señor nos llama: identificarnos con Cristo y hacer que El reine en el mundo, para el bien y la felicidad de nuestros hermanos, los hombres y las mujeres de este tiempo y del futuro. Si contásemos sólo con nuestras pobres fuerzas, motivo tendríamos para pensar en este ideal como en una utopía irrealizable: no somos superhombres, ni estamos por encima de las limitaciones humanas. Pero -si queremos-, la fortaleza de Dios actúa a través de nuestra debilidad. Como escribió hace trece siglos un Padre de la Iglesia, «el hombre tiene dos alas para alcanzar el Cielo: la libertad y, con ella, la gracia»¹⁹. Ejercitemos nuestra libertad correspondiendo a esa gracia que el Señor nos ofrece constante y superabundantemente. Para esto -lo tenemos bien experimentado-, se requiere el esfuerzo por comenzar y recomenzar cada día las luchas de la vida espiritual y del apostolado cristiano, que constituyen esa bellísima batalla de amor -como la definía nuestro Padre-, en la que la victoria de Cristo es el auténtico triunfo de la criatura humana de todas las épocas.

Con la protección del Cielo

Para recorrer este camino, nos acogemos a la protección de la Santísima Virgen, *Sedes Sapientiae* y *Mater pulchrae dilectionis*, a través de nuestro queridísimo Fundador, con la alegría aún reciente del Decreto pontificio que confirma la eficacia sobrenatural de su intercesión. En particular, pedimos a nuestra Madre que nos consiga copiosamente los dones divinos -esa honda sabiduría, ese amor hermosísimo-, para que tengamos cada día nuevas

¹⁶ Conversaciones, n. 114.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Cfr. *Luc* II, 19.

¹⁹ S. Máximo Confesor, *Quaestiones ad Thal.*, 54.

iniciativas y seamos más fieles y tenaces en nuestro servicio cristiano a la sociedad; y para que realicemos esta empresa, divina y humana, bien unidos en todo momento al Romano Pontífice, a los demás Obispos puestos por el Espíritu Santo para regir a la Iglesia de Dios²⁰, a todos nuestros hermanos y hermanas en la fe de Cristo, y a cuantos cooperan para llevar adelante esta Universidad.

Así sea.

²⁰ Cfr. *Act XX*, 28.